

# Retrats

MAITE LARRAURI\*

---

## Una de mis mayores (Presen Sáez)

Hace cinco años entré por primera vez en la cárcel de mujeres de Valencia en calidad de profesora de Filosofía del Instituto de Bachillerato a Distancia para examinar a una alumna que estaba matriculada de COU en esta modalidad. Me recibió en la puerta y me introdujo en aquel pequeño recinto —anexo destartelado de la cárcel de hombres que había a orillas del cauce del Turia— Presen Sáez, antigua amiga a la que conocí en la Coordinadora de Grupos Feministas de los finales de los setenta. Como todo el mundo que la conoce sabe, Presen ha trabajado durante treinta años como maestra de la cárcel de mujeres y en la actualidad le ha sido concedida la medalla al mérito penitenciario. Al igual que algunas de las que leáis este artículo, tampoco yo soy de las que creo que las medallas u otros reconocimientos públicos del valor significan sin más algo digno de admiración, dado que, en ocasiones, hay un abismo entre lo que las instituciones que las conceden entienden que es el sobresaliente desempeño de una función y las acciones que, por el contrario, me merecen un gran respeto. Sin embargo, en este caso, la coincidencia entre el reconocimiento oficial y el mío personal es absoluta, aunque probablemente no estemos pensando lo mismo ellos y yo. Cuando Presen me enseñó su cárcel y me presentó a la directora, a las funcionarias y a las presas, se la veía contenta con algunos resultados: la animación de los talleres, el funcionamiento de la radio, la profusión de carteles que cubrían las paredes; era crítica, a la vez, con la influencia nefasta de las drogas en el desarrollo de las relaciones humanas en el seno de aquella comunidad tan hacinada y se lamentaba de que las posibilidades de creación se deterioraran por el lastre de la adicción a la heroína entre las presas. Yo escuchaba a medias porque, no dejando de entender las explicaciones de Presen, mis ojos se iban detrás del colorido desbarajuste de mujeres y niños pequeños en aquel patio diminuto donde apenas podía moverse nadie, de la agitación de los pasillos donde no acababa de saberse quién era presa y quién funcionaria,

\* Profesora del IBAD

de la apiñada cafetería en la que las mujeres se empujaban y rodeaban a Presen para saludarla y que les presentara a *la nueva*. Para tener una imagen más completa de lo que vi, hay que añadir que la algarabía era tremenda: los altavoces estaban constantemente dando avisos personales, cuando no era música lo que sonaba o los anuncios de las actividades que se programaban. (Os podéis imaginar lo difícil que fue en esas circunstancias que mi alumna se concentrase para hacer el examen de filosofía). Pensé: es un espacio de libertad, como los que en pleno franquismo se crearon en el interior de las universidades y de asociaciones, con el criterio ilustrado de que la libertad ha de practicarse y conocerse para poder ser deseada. En el interior de la cárcel, la aplicación de este punto de vista aún resultaba más justa.

Un año después, las obligaciones de mi profesión me llevaron hasta la cárcel de Castellón, para explicar a un colectivo de presos las condiciones del tipo de enseñanza a distancia en el que trabajo. Entonces, lo que en sus últimos detalles me había pasado inadvertido de mi visita a la cárcel de Presen se me reveló con una nueva luz. El silencio de las salas en las que retumbaba el cierre de las puertas blindadas (atravesé tres), la pulcritud de los uniformes azules de los funcionarios que patrullaban con porra los pasillos, el orden con el que los presos fueron conducidos hasta el salón de actos en el que mi charla tendría lugar, todo me hacía pensar que, sin duda, aquello era una cárcel y todo estaba en su lugar.

Con Presen he hablado en ocasiones de los libros de Michel Foucault, más en concreto –como puede imaginarse– de *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Es normal pensar que leer y entender un libro es un conocimiento intelectual, aunque algunos filósofos nos han recordado que el auténtico conocimiento es aquél que convierte las verdades teóricas en carne y sangre de la experiencia y de la vida. Nietzsche fue uno de ellos y, cómo no, también Foucault, quizá su mejor discípulo. Presen, que es filósofa, ha aplicado como nadie y, por lo tanto, ha entendido como nadie, las enseñanzas de Foucault. Este pensador demostró que, frente a lo que los discursos oficiales mantienen, las cárceles no son un lugar en el que el castigo que se aplica es la privación de libertad, sino más bien un espacio disciplinario, esto es, de cuadriculación del tiempo y del lugar, en el que los presos están sometidos al castigo que consiste en tener obligatoriamente que someterse al cumplimiento de unas reglas. Como los reglamentos tienen que aplicarse mediante personas que los hagan cumplir, el preso se convierte en un sujeto sujetado a la autoridad incuestionable de los funcionarios, que son los que establecerán si el preso es obediente –y por lo tanto susceptible de algunas ventajas en el cumplimiento de su condena– o bien desobediente –y por lo tanto reo de cumplir más condena que la impuesta al principio de su encierro. *Vigilar y castigar* dejó un amargo sabor de boca a muchos funcionarios, psicólogos y educadores, que trabajaban con la esperanza de poder modificar las injusticias del encierro carcelario. Se acusó a Foucault de

fomentar una actitud de impotencia entre los mejor intencionados y, por ende, de crear una justificación de los comportamientos más cínicos que –apoyándose en que no hay nada que hacer puesto que la cárcel no es reformable y, por esencia, rezuma injusticia– afirmaban que es más engañoso el funcionario reformador que el que asume su papel represivo. Foucault salió al paso de estas interpretaciones defendiendo el valor de los pequeños gestos por los que se rompe la evidencia y naturalidad con las que determinadas funciones sociales se llevan a cabo para así lograr un desplazamiento, por pequeño que sea, en las formas de percibir, en las maneras de hacer y en los umbrales de la tolerancia. Con ello ponía de relieve que lejos de desesperarnos por la imposibilidad de la revolución total, una toma de conciencia de que las cosas cambian muy lentamente, y desde luego no en el sentido en que las teleologías gloriosas nos lo prometen, puede ser la palanca por la que sentirse impulsados a actuar diariamente para cambiar la realidad. A veces la respuesta es mucho más fácil de enunciar de lo que cabría pensar. ¿Que cómo caminar hacia una sociedad no autoritaria, regida por los principios de libertad y de no violencia? Pues, sencillamente, empezando por no ser autoritario con aquellos con los que podrías serlo y fomentando la libertad a tu alrededor. Por supuesto que de decirlo a hacerlo hay una distancia infinita. Y esa es la que limpiamente ha recorrido Presen... Cambiar el mundo dentro de una cárcel para que siéndolo no lo parezca es mucho más complicado que cambiar el mundo de la medicina, de la enseñanza, de la política, del periodismo o de la abogacía. Y sin embargo ella lo hizo; por eso, aunque Presen no sea mucho mayor que yo, no puedo por menos de verla como una de mis mayores, a cuya sombra me gustaría crecer.